

A C T I T U D E S

C U E N T O S

Por ENRIQUE SALAMERO

Barbazul

DECIDIDAMENTE tiene usted razón. La casa precisa de un ama, además que la viudedad sienta mal a nuestras gentes... ¡Si uno fuera viejo! Pero no lo es, ¡vaya que no! Y lo que ellos dicen: «A rey muerto, rey puesto». ¡Ay! se ve que no comprenden la circunstancia. ¡Dios les perdone! La circunstancia, señor, esto es lo que me apura. ¿Cómo hacérsela comprender? «No puede uno vivir de recuerdos. La casa precisa una ama». ¡Vuelta y dale! Porque no es usted el único que lo ha notado, ¡qué va!, también ellos... los que más parecen apreciarle, los que más merecen atenderse porque son, en definitiva, los que más tienen que perder. Me refiero a los ya formados, los que de antiguo vienen compitiendo por ver quién da más brazos a nuestras tierras; no a los más viejos en edad precisamente, sino, digamos, a los más maduros, a los que todavía queda fuerza imaginativa que es la que, en resumen, dígase lo que se quiera, hace mover las montañas; los verdaderamente buenos, los bravos que, como un servidor de usted, venimos turnándonos generación tras generación entregados a una misma tarea sin más ambición ni complicaciones... Como le decía, ¡si uno fuera viejo y con gente! Pero uno es joven, la verdad. Y lo peor, sin gente. Completamente vacío en este aspecto, señor. Y porque lo está uno... en fin, uno nota que su autoridad se resquebraja jeso! El barco hace agua, no hay duda. Pero media la circunstancia. Ella es la que me apura, se lo aseguro. Ya ve usted. Nueve años preparándolo todo, nueve años conjugando un mismo verbo al amparo del satisfecho oliscar paterno, del

sol en primavera, de la luna en agosto, del tibio soportal del patio de ella en el invierno cuando el viento ululante en los campos dormidos os grita como enojado: «¡Ea, niños, que el tiempo es breve! ¡Animo! ¿Qué esperáis?» Y de pronto el desastre paterno, inesperado. ¡Dios los tenga en su gloria! Nueve días ahora escasos de apresurado ultimar de detalles mientras aguantas el concienzudo e irremediable embromamiento de los amigos y de los deudos: «¡Vaya! Ya falta poco ¿eh?» Y una sonrisita que mal rayo parta pero que con todo te halaga, te halaga, te halaga. Y luego la ceremonia y todo lo demás. Los primeros días, las primeras semanas. Y de repente, otra vez de repente, cuando ya has adquirido autoridad nueva y prestigio y los... Bueno, cuando todos, incluso los más viejos, no tienen reparo alguno en venirte con sus cosas: «—Usted nos comprenderá. Ahora sí. —¿Ahora? ¿Por qué ahora precisamente? —Hombre, está claro. Ahora es usted todo un hombre casado. ¡Vaya por Dios! Como insinuando: «Ahora que «casi» posee usted la culminación de todas las cosas». —¡Pero soy el mismo de antes!—protesto. —No es igual, no es igual—dicen ellos. Y no hay forma de apearles, bien porque tienen su pizquita de razón, ¡quién no la tiene! No es igual desde luego estar solo que mirar para dos o para varios. Por el contrario, es diferente, muy diferente. En fin, cuando has adquirido autoridad y prestigio y empiezas a comprender prácticamente lo que valen al caso unas circunstancias, ella, el premio de tu fidelidad hecho carne y más que carne fantasía complaciente y complacida, que enflaquece: «—Pobrecito mío, ¿qué va a ser de ti? —Calla mujer, ten confianza»; que enflaquece y se altera: «—Dime: ¿Me amas de veras? —¡Y me lo preguntas!»; que se altera y muere: «—Querido, querido, yo que deseaba darte ¡tantas cosas! ¿Qué va a ser de nosotros?» No qué va a ser de ella o de mí, sino de nosotros, ¿comprende? Y muere precisamente en el instante justo en que nuestras lágrimas dan la culminación de mi desespero; es decir, las tuyas y las mías, juntas. ¿Se hace cargo? Usted tiene razón, todos la tienen. Y sin embargo...

¿Conoce usted a María, la de Ninona? Por aquí, señor, corren ciertos rumores de que si en su juventud estuvo usted algo enamorado de la Ninona. Ya se sabe. A la gente le gusta hablar, hablar, hablar, ¡qué le vamos a hacer! Pero dejemos esto, no merece la pena. Porque si he hablado de esto es... ¡sabe Dios por qué! En fin, no sé... usted me perdone. ¿Qué quiere? Uno es, como es, y sin querer, a veces, le brotan

alas; por más que se trate de unas alas más bien ridículas, vea que reparo en ello. Claro, que esto de las alas, bien mirado, no creo sea cosa después de todo «demasiado ridícula», so pena, claro, de que estimemos a la humanidad toda ridícula. Porque me pregunto, ¿habrá alguien que se niegue al placer de proveerse de unas? ¡Vaya por Dios! ¡Pero si es tan fácil! Y si no ahí están los hechos... Vea que todos, todos sin excepción, tenemos nuestras alas... aunque a veces nos sirvan para maldita la cosa. Vea usted, por ejemplo, la gallina, ¡hasta la gallina las tiene! Y ya ve usted para qué le sirven. Tarde o temprano habrá de venir la muy señora nuestra adonde... Bueno, adonde usted y yo sabemos. Pero como le decía, dejemos esto, no merece la pena. A lo que iba... Pues verá usted, María y yo... ¡Pero usted no sabe! Mi María es... ella... ¡Vaya, no sé cómo decírselo! Mi María... Bueno, María es como una flor jesó! Y no sonría usted, se lo ruego. También usted ha sido joven y le habrá gustado hacer comparaciones; comparaciones tontas y trilladas si usted quiere, toda vez que según dicen nada hay nuevo bajo el sol, pero que bien sirven para dar la medida de nuestra capacidad poética, emocional; la medida de nuestra bienamada tontería o como usted quiera llamarlo. Una flor, bien se advierte, un objeto bello y no tan inútil, por cierto, como pretenden algunos estetas. El agua de colonia de las flores se nutre ¿no? Y sin ir más lejos, la miel, alimento completísimo, ¿qué es sino flor o flores quintaesenciadas? Y no me negará que el agua de colonia tiene su importancia... Y la miel. Lo uno, por ejemplo, bien nos sirve, nos vale, para no oler con exceso a cadáver, que cadáver somos, señor, desde el instante mismo de nacer, y así nos vamos descomponiendo día a día. Y si no huela usted a los hombres—que malmorimos todos por cuanto vivimos siempre no del todo mal...—que bien habrá de notar el tufillo... En cuanto a lo otro, se trata de algo vital, que vitaliza; que vitaliza siquiera nuestra agonía que vida es y, por cierto, bienamada. Una flor mi María... siquiera para nuestro horizonte. Pero no, no para nuestro horizonte que es valorizarla mal. Una flor... así, una flor, sin más. Y una flor única, puede creerme. Y aquí, quizá, el único pero; porque una flor así, incluso en nuestro horizonte, ¿quién no quisiera poseerla? Pretendientes no le han faltado, ni le faltan. Es, claro, hacendosa, limpia, diligente. Y por si fuera poco, bella y señora. Pues bien, señor, María y yo... Bueno, María y yo hemos decidido casarnos. La conmoción, digamos, que esto pueda causarme escapa a la finalidad de estas líneas. Y ésta no es otra que esperar de su gentileza se digne, como es tradicional, apadrinar nuestra boda. Como estábamos, la casa

precisa de un ama ¿no? Por otra parte, las circunstancias no pueden ser mejores. El tiempo es excelente y en consecuencia la futura cosecha se adivina altamente satisfactoria. Sea mi optimismo como prueba.

Preciso de su ayuda, de su experiencia, de su consejo. Me odian, señor; exactamente tal y como suena: me odian. Se trata de mi mujer... Su madre de usted fue muy generosa. Sin embargo, ¿a qué tanto derroche, tanta gala? Somos gente humilde y los lujos no nos van; no hay duda. Verá usted. Mi mujer, para agradarme, luce una tras otra las prendas que su señora madre tuvo a bien regalarle. ¡Bien que aprecia su gesto! Pero yo, señor... No sé, usted me disculpará, pero estoy por remitirme a lo dicho. Créame, las bien acogidas prendas empiezan a cargarme. Porque si siempre ha sido hermosa, ahora tan peripuesta siempre, tan elegante siempre... Y sin embargo vea usted que carezco del valor necesario. ¿Cómo decirle a ella...? ¡Oh, no! ¡Parece tan feliz! Total, que yo... Bueno, que me tiene usted callado, bien callado. Y eso que veo crecer el odio día a día. Una sensación terrible, se lo aseguro. Pero la solución no es fácil. Imagine usted que todavía ahora los mozos gustan de mariposear tras ella. ¡Y cómo me la miran, señor! Y no sólo los mozos. ¡Me duelen los puños, puede usted creerme! En realidad no es que las ropas que su madre de usted le regaló tengan la culpa; no nos engañemos. Es ella que de puro hermosa... ¡Y si viera usted cómo me la abruman! Porque todos, todos parecen puestos de acuerdo en abrumármela, abrumármela; todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. ¡Dios me asista! Si va a la fuente me le llenan el cántaro, si de compras me le envuelven la mercancía con papeles y más papeles... ¡Que sus manos no se manchen! ¡Que sus manos no toquen objetos ingratos! «Deja, deja que lo hagamos por ti. Te ensuciarías», me le dicen las mujeres. Y ella... Bueno, ¿qué va a hacer ella? «Tú eres la que nosotras quisiéramos haber sido», me le dicen. Y no le permiten lavar, ni barrer, ni entregarse a ninguna otra faena, ni siquiera a prepararme el lecho. «María es la gloria local y por tanto pertenece a todos», parece como si quisieran decirme. En resumen, que se me odia por mi condición de esposo y dueño. ¡Dios, y qué desagradable es todo esto! Porque la casa hierve de actividad en torno de ella, ¡de ella! Vaya donde vaya siempre oigo lo mismo: —«María, qué guapa, qué elegante, qué...» Algo exasperante, se lo juro.

¿Le han dicho que mi mujer ha sufrido un accidente? Es la versión que corre, la versión, digamos, oficial... Pero no le preste usted crédito. No se trata de un accidente. Verá usted. Yo amaba a mi mujer y ella me amaba, por lo menos hasta donde le era permitido, que, después de todo, no era poco. Para ser exactos se afanaba por agradarme, se desvivía, digamos, por agradarme. Y sin embargo, lo que son las cosas, no éramos felices. ¿Recuerda las prendas que su madre de usted le regaló? Dudo que exista alguien mejor para lucirlas que ella... Nuestra luna de miel fue deliciosa. Era mi María entonces tan inocente... ¡Si viera cómo me la miraban los lechuguinos de la ciudad! ¡Y lo que reí yo entonces! «Ya veis, amigos, me pertenece, es mía». Y no creo que el sentido de la propiedad me haya deparado mayor satisfacción que en aquellos momentos. Pero retornamos al hogar, a lo nuestro, y allí empezó la cosa... Al iniciar nuestro viaje de novios ella era una mujer considerada por todos hermosa y nada más. Pero al volver, además de hermosa venía bien vestida, demasiado, y las buenas ropas, tan bellas, se les subieron a la cabeza a nuestras gentes y nos las hicieron perder a nosotros. Vea usted, ya no existen, se esfumaron. En el pueblo dicen que si una brasa prendió casualmente en ellas... ¡Bah, dejémosles que digan! La verdad no es esta. Fue mi mujer, conscientemente, quien las destruyó, doliéndole lo suyo, lo sé. «Vengo observando—me dijo—te hace daño verme así vestida». Y sin esperar mi maduración hizo un atado con ellas y las arrojó al fuego; cuestión de unos minutos nada más. «¿Es posible? —me decía—. ¿Es posible?» Y no me resolvía a nada. Total, que fue posible, ¡y tanto que no queda de ellas la más mínima hilacha! Pero lo que son las cosas. Emocionado y todo yo no veía más allá de que las muy excelentes prendas no existían, ¿comprende usted? «Me vestía para agradarte—decía ella—. Es decir, para tu satisfacción y tu recreo». Y yo nada, callado, romo, ¡Dios me perdone! ¿Qué son en realidad unas prendas, por muy buenas, por muy elegantes, muy lujosas que sean, cuando se es tan maquiavélicamente hermosa? Imagine usted que después de todo mi mujer seguía tal y como antes, o quizá más hermosa ahora que nunca porque nuestros gustos no tienen el refinamiento, o la tontería, de los pueblos grandes. Total, que la situación se reprodujo. Es decir, siguió tal y como estaba, o peor, porque ya las muy excelentes prendas, precisamente, habían dejado de existir, y, por tanto, no existía cosa alguna hacedera que diera lugar al apaciguamiento que, no mal pensado, producían ellas, porque no se le ocultará, no es igual poder decir: «Por cuanto he bebido más de la cuenta ahora sufro las consecuencias»,

que decir nada más: «Heme vacilón e idiota sin haber probado la más mínima gota...» En suma, que las prendas no existían—tan excelentes— y yo... Bueno, yo seguía erre que erre, caviloso, enfiebreado, enflaqueciendo día tras día. Hasta que una noche, en lo más entrado de la oscuridad y de la confianza, ella que abandona el lecho de pronto. «¿Qué tienes? — le digo—. ¿Te ocurre algo?» ¡Sí le ocurría! Pero ella nada, ni palabra. Una lágrima, sus pies desnudos, alados, en la quieta oscuridad laberíntica; el chirriar de unas puertas, calma, y luego, muy pronto, la inesperada, horripilante carcajada de cristal... Y allí estaba, señor, ¡Dios me perdone!, cuan esbelta y blanca era, tendida, culebreante en el suelo. La botella rota en mil pedazos, el líquido burbujeando en las baldosas... Y me dijo ella, en su dolor y su rostro desfigurado, irreconocible: «¿Comprendes ahora?» Es decir: «Ya nadie podrá hacerte daño mirándome. Mi belleza tuya era y por amor a ti...»

Pues sí, tiene usted razón. La María fue una buena esposa. Pero fue mejor, mucho mejor, una buena ama de casa. En los últimos años nuestras cosas prosperaron de manera bien notable. Fue también, justo es reconocerlo, una excelente madre. Los chicos crecen fuertes. La primogénita pronto se hará mujer... Este año la cosecha parece algo incierta. No sé, quizá mejore el tiempo. Sí, sí, tiene usted razón. Ya había pensado en ello. La verdad es que necesito casarme. Los chicos precisan una madre, la casa una dueña... ¿Conoce usted a la Jesusa del panadero? Se trata, naturalmente, de una buena chica, fuerte, sana. No es muy hermosa que digamos, pero ¿qué importa? Con todo, tiene cierto encanto, cierta prestancia. Y lo mejor, su rostro es terso, limpio, sonrosado... una delicia.

La primera, María, Jesusa... De Jesusa podría explicarle mil virtudes si no fuera porque está usted ya, como quien dice, al cabo de la calle y que, en este caso, las explicaciones huelgan. A nuestra edad hay pocas cosas ya que puedan en novedad emocionarnos. Y sin embargo, sí, una cara inédita, una cara juvenil, una carita pálida y espiritual...

Charada

HOLA!», saludaba al entrar. «¡Hola!», le respondían. O quizá: «¡Ejem!» Y le respondían: «¡Hola!» Invariablemente. Alguien—la Chica, Jorgito, Manolín, la Zarrapastrosa—le traía una silla entonces en la que se dejaba caer con un gruñido de complacencia. Estaba tan fatigado... ¡No es nada! De la era al pajar, del pajar a la era, una, dos, cien veces mientras el sol alumbra arriba y calienta abajo que es un gusto ¡vaya! sobre cuarenta grados a la sombra y el botijo trasudando su bondad limitada con su mudo llorar de buen amigo, pobre amigo. ¡Oh el brillante impacto de las revistas ilustradas! En ellas hombres gordos sonrientes que beben refrescos rosa bien acomodados en muelles butacones de mimbre, mientras muchachas semidesnudas, sonríen desde lejos en azul de mar y de cielo. El detalle de la pajita... ¡Ah la pajita, pajita! ¡Qué admirable artilugio! Hombres gordos que chupan de ella mientras delicadas doncellas se tuestan caprichosamente al sol. Unas golondrinas a lo lejos y cerca, cerca, muy cerca, casi como quien dice a mano, y tan distante empero, dentro, fuera, ¡sabe Dios!, refrescos blancos y refrescos rosas, refrescos azules y verdes, menta, piña, grosella, sabor incógnito... «¡Bah!» Tú eres bueno, mi amigo, y no precisas de componendas». En su rincón, la Chica operaba con los artilugios de guisar. «¡Hola!», le decía. Y la Chica le respondía entonces con voz átona: «Hola». La Mujer sacaba de la alacena la nunca bien ponderada botellita de mosto. «Aclaremonos la garganta ¿eh?» Y se la aclaraba bien, pero sin excederse, claro. «El mosto es bueno», decía. Y eructaba con ruido. Luego, los chicos... uno, dos, tres... los chicos, digo, alineados uno tras otro por entre el humo, iban transmitiendo a la suya sus experiencias. Jorgito, José, Manolín, la Zarrapastrosa; chicos sanos que ríen de los hombres gordos. Jorgito, Manolín... buenos chicos, sin pulir, algo toscos. Jorgito... Decía uno:

- Dime: ¿Qué vale más? ¿Un automóvil, una pistola, una sotana?
- Dirás valioso...—corregía él.
- Bueno, valioso. ¿Qué es más valioso?
- Lo más valioso es una inteligencia despierta y práctica.

Y los chicos coreaban con entusiasmo: «Lo más valioso es una inteligencia despierta y práctica».

—Hablad con propiedad. Un lenguaje apropiado abre puertas inexpugnables.

Y los chicos entusiasmados que daba gozo verlos.

—Sabed, aprended a jugar la inteligencia.

Y Jorgito entonces:

—Juguemos la inteligencia, hermanos.

Decía otro:

—¿Es justo que madre gaste diariamente en rizos, cosméticos y golosinas siendo mis pantalones harapos?

—Cada cual tiene lo que merece.

Y los chicos añadían filosóficos: «¡Ea! Cada cual tiene lo que merece».

Pero estaba el artilugio aquel... ¡vaya, que no quería borrarse! Morían las doncellas y el azul y el rosa, y hasta sabor... Pero el artilugio persistía. Y persistía hoy y mañana. «Señor doctor, ¿no sabe usted cuánto me duele!» Al fin de cuentas se trataba de un buen doctor, compadecido y complaciente—bata blanca... claro, lentes, sonrisa dorada—que le extirpaba con sus manos sabias la muela o el diente, porque siempre hay una muela o un diente al caso. Total, un día en la ciudad, y a la postre un día perdido, ¡cuánto tiempo se pierde! Pero lo que llega a verse ¡ay madre! Por ejemplo, las doncellas, no hermosas precisamente, pero sí tostaditas que es una delicia. Y la abundancia de hombres gordos sonrientes. Y hasta en los bares tiene uno la oportunidad de usar de un artilugio de esos... «pajitas que tengo cuantas pueda desear, pero no es igual, no es igual...» «¡Camarero! ¡Un refresco de grosella!» Y el camarero va y te lo sirve y tú te acomodas en un muelle butacón de mimbre y miras volar las golondrinas.

—¡Ayer descubrió un gato vagabundo!

Jorgito, uno de los que rien de los hombres gordos. Buen chico.

—Ayer descubrí un gato vagabundo—dice.

Y la Chica revolviéndolo todo. Ahora barre, ahora limpia; corta y trincha carne, saca lustre a los calderos de panza generosa.

—Llevaba entre los dientes un pájaro, un gorrión, vivo todavía y combativo. ¡Me dio una rabia!

—¿El gato?—le pregunta.

—No, el gorrión.

Un buen chico, sí, aunque tosco, sin pulir.

—Así que quité al gato su presa.

—Y el pájaro voló—le dice.

—El pájaro voló—responde el chico—. Y voló muy alto, tan alto, que se hizo menudo, menudito y desapareció en el azul del horizonte.

—¡Jorgito! ¡Jorgito!—gritan los chicos.

Pero Jorgito piensa en lo azul que es el cielo; y cuando no, es rosa, es fuego, es color de ilusión y bondad, es gris color de perla, es negro dulce color de ausencia.

—¡Vaya por Dios! Una estupidez, pequeño. Hiciste bien en quitarle al gato su presa pero no poniendo al pájaro en libertad. El gato te había ahorrado la molestia de cazarlo. Piensa en esto.

El humo les hace llorar y la Chica se queja:

—¡Esto es inaguantable!

—Debiste comértelo.

Pero Jorgito piensa que es muy hermoso ver volar a un pájaro.

—No me gustan los pájaros—dice.

—¡Jorgito! ¡Jorgito!—gritan los chicos.

Pero es Jorgito el que grita más: «¡No me gustan! ¡No me gustan!»

—¡Este chico mío...!—se queja—. Y le entra como un sofoco. Y les dice a los chicos: —El pez grande los chicos come y de ellos se nutre. Niños, debéis ser peces, peces grandes, mayúsculos.

Pero Jorgito, ¡sabe Dios por qué!, piensa en los saltamontes, en sus alas azules y rosas desplegadas. ¡Qué afición a brincar! ¿Es que Jorgito, acaso, tiene miedo de los hombres gordos sonrientes?

—Entonces...

—Entonces ¿qué?—pregunta el chico.

—Entonces debías haberte comido el gato.

Y los niños, como hay humo, corean llorando:

—Entonces...